



# EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 10137

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 21

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

LUNES 19 DE AGOSTO DE 1895

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil pago.—co rresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

## ALAMBIQUES

Aparatos para alcoholes de 39 á 40º Id. • aguardientes • 24 á 26º Id. • anisados.  
Alambiques aguardenteros con co juana y boya de graduación, serpiente y depósito refrigerante.  
Id. completos con baños maria, arcos de bronce, serpiente y depósito.  
Fabricación esmerada y precios muy económicos.  
Prensas, azufradores, y cuanto con cerne á la elaboración de vinos.  
Camilo Pérez Luhe.—Castelini 12.

COLABORACION INEDITA.

## LA FELICIDAD.

A mi querido amigo Ginés V.

I.

Un padre tenía tres hijos y pocos bienes de fortuna y al verlos capaces de lanzarse en la lucha social, los habló en estos términos:

—Hijos míos, creo llegado el día de que abandonéis este hogar en busca de la fortuna que en él no existe; á no ser que no quepa en vuestra imaginación la fantasía de lo desconocido.—Sois fuertes como el roble, más bellos que príncipes, y con el convencimiento de que el trabajo labra el bienestar del cuerpo; si aprovecháis estas cualidades, llegareis á conseguir vuestro ideal.

Al despuntar la aurora salieron, quizás para siempre, de la casa paterna los tres hermanos, llamados, Ambición, Confado y Constante. En medio del camino vieron tendido á un pobre anciano que les preguntó donde encontraría agua fresca para apagar la sed que le abrasaba.

—Si queréis, hermanito, le conduciremos á un manantial, donde es fría como la nieve, le contestó el mayor de los tres hermanos.

—Y si llegáis tarde á vuestro destino?

—No temáis; buscamos tres caminos que nos conduzcan á la meta de nuestros deseos.

—¿Cuáles son?  
—Ser poderosos en la tierra, tener palacios, esclavos y grandes riquezas—dijeron Ambición y Confado.

—El mío, según mis hermanos, es pobre,—dijo Constante ¡busco la Felicidad!

—¡Ahí los tenéis—exclamó el anciano, desapareciendo envuelto en una capa de humo.

Al dispersarse ésta vieron un frondoso bosque con tres caminos; el del centro descollaba por su pobreza al lado de los otros que despedían los destellos del brillante y estaban enlucidos de piedras preciosas.

Constante entró en el camino del centro, oyendo á sus hermanos mofarse y reírse; del sacrificio que por ellos hacía.

II.

Al penetrar Ambición en el bosque vió á una señora vestida de rojo y oro que le dijo al oído:

—¿Se quien eres y tu nombre... pide y serás servido.

—¿Y vos, quien sois, para satisfacer mis deseos?

—¡La Fortunada! mas te advierto que no soy como creen muchos, pues ocasiono graves disgustos al que otorgo mis favores.

—No temas verme pesaroso de haberte encontrado; mi nombre te indicará de lo que soy capaz por que soas mi esclava.

Ambición estaba aturdido viéndose dueño de cuanto apetece el cuerpo, mas al sentir el dolor producido por alguna espina oculta, echaba de menos las sensaciones del alma.

Largo trecho anduvo Confado sin encontrar alma viviente, y cuando se condolia de haber tomado aquel camino, vió un castillo medio derrumbado y una puerta desquejada que se entreabrió al

acercarse á ella, apareciendo una horrible vieja que de mal talante le dijo:

—¿Quien eres, que te atreves á turbar mi reposo?

—¡Un pobre diablo que confla encontrar el bienestar del alma sin cansar al cuerpo!

—Entonces te conduciré á presencia de mi dueña y señora.

Gran asombro causó á Confado, ver una linda joven vestida de color rosa, reclinada en un trono de plata, rodendo de doncellas de peregrina belleza. Pasada la emoción exclamó:

—¡Oh celestia criatura! ¿Quien sois que tantas me alegráis al contemplaros?

—¡La Perea... y éstas que ves mis esclavas! ¿Y tú, qué buscas en mi triste morada?

—¡La Felicidad! según dice mi hermano Constante!

—Déjate de felicidad; descansa hoy, que mañana la encontrarás...

III.

Pocos pasos había andado Constante, cuando sintió un leve ruido. Vuelve el rostro y vé una hermosa doncella con rica gala verde esmaltada de finísimo oro, y en el pecho una preciosa osmeralda; llegóse á él, y le dijo:

—Cuando necesites de mí, estaré á tu lado para que no decaiga tu espíritu y consigas tu ideal.

A poco divisó un grupo de niños, rubios como querubas, que huyeron al verle. En una revuelta encontró el camino obstruido por unas grandes zarzas, donde quedaban sus ropas, é hiriéndose los pies y manos al querer saltarlas, cansado de su inútil esfuerzo sentóse y Morfeo le hizo su esclavo y al desportar se vió curado de las pasadas lesiones.

Pasaban días y no encontraba su caro ideal; así que al verso en las cristalinas aguas de un arroyo, escualido, demerado de las privaciones que sufriera desde su entrada en el bosque, exclamó:

—¡Dios mío! ¿Dónde está la Felicidad que no la encuentro?

—¡A tu lado!—Dijo una joven vestida de blanco y cabellos dorados como el sol.—Fuiste constante en seguirme, y me presento á ser tu fiel compañera.

—¡Gracias á Dios que abrazo mi ilusión y apoyándose en el brazo de Felicidad se encaminó á la salida del bosque.

A un tiempo salieron por los otros caminos dos ancianos de lengua barba y andar tardo que exclamaron al ver á Constante.

—¡Calla!... si es nuestro hermano, el que acompaña á la joven de los cabellos de oro!

Quedóse parado Constante preguntando á sus hermanos.

—¿Como es encontraros á los dos juntos y en ese estado?

—¡Muy sencillo!—dijo Confado.

—Ambición, encontró la Fortuna quien nunca le proporcionó felicidades, y ayer le abandonó, sin miramiento alguno, dejándole inútil y con el corazón corrompido; yo encontré la Perea que me decía ¡mañana irás en busca de Felicidad! ayer quise buscarla y no tenía fuerzas para andar tras ella.

—Desgraciados—dijo Constante.—Si os hubierais convencido de que la Constancia y la Fé es la única que conduce á la Felicidad, estaríais rejuvenecidos como yo ¡ hoy sería para siempre vuestra acompañante.

—Miguel Prieto Herce.  
(Prohibida la reproducción)

Microscópicas.

¿ESTAMOS LOCOS?

España es un presidio suelto—dijo hace tiempo un general ilustre, levantando una tempestad de protestas y censuras.

Puede que lo fuera entonces; pero en el presente momento no lo es. En cambio bien puede asegurarse que es en estos instantes un inmenso manicomio, en el que cada pensionista anda suelta en lugar de tener puesta la camisa de fuerza.

¿Qué manera de delirar y qué modo de cometer locuras!

Dijose hace días que por la región valenciana soplaban vientos revolucionarios.

—Imposible—pensamos nosotros.—En estos momentos en que España se encuentra frente á una guerra que no puede ser abandonada sin desdoro y cuando pesa sobre el pobre país una reclamación envuelta en amenazas, no hay un español siquiera que piense en conspirar y menos echarse al campo en son de rebeldía.

Gandía y Segorbe se han encargado de quitarnos la razón. Unos cuantos hombres se han puesto fuera de la ley y obediendo sugerencias filibusteras ó cacuchando voces interiores de falso patriotismo, se han rebelado enfrente del enemigo, para ayudarle inconscientemente al grito de viva la República!

Los republicanos que, llenos de fé, creen en el engrandecimiento de la patria por la República; los que ante todo y sobre todo son españoles, se habrán visto sorprendidos por la algarada de los que, también republicanos, posponen la patria á la República.

Para que no se pierda Cuba; á trueque de que Cuba siga siendo española, callan los primeros y no levantan obstáculos á la marcha del gobierno.

Los segundos se levantan en armas y aunque se pierdan las colonias proclaman su ideal.

Los primeros infunden respeto. Los segundos... ¡ah! los segundos son unos desdichados parciales.

RAUL.

## TIJERETAZOS

El tribunal de Limoges ha condenado á «Guerrita» y «Cara ancha» á pagar cada uno un franco de multa, por haber estropeado toros en Bayona.

La sentencia tiene unos considerandos que parten por el eje á quien los lee.

Dicen que el toro es animal doméstico. Lo cual que lo que debía hacer ahora el empresario de aquella plaza, es proveer de un Miura y saltárselo al tribunal para que este le rascara el lomo.

Un príncipe extranjero va á hacer á caballo el viaje desde París al Cabo de Hornos.

758 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

caliz de la amargura, siempre en el mismo sitio, en la misma postura, cual si le faltara la vida; la mañana la encontró lo mismo que la noche lo dejó.

La mañana, la mañana deseada con tanto anhelo, esperanzados los que pasaron junto al pobre Julián aquella noche tan espantosa, que ella había de traer ó traer ó fin, á aquel inmenso sufrir, que no tenían ya corazón para resistir: la mañana vino al fin.

La claridad rosada del amanecer lanzó sus dulces tintes por la vidriera, sobre el moribundo en su lecho y el grapo que le rodeaba, y le mostró con la excepción de Astorge, que se había retirado á descansar á la media noche, tal cual la noche le dejara.

Y la mañana en balde vino; cambio ninguno apareció; los mismos gritos, las mismas contorsiones, los mismos sufrimientos.

La venida del cirujano confirmó los temores. No había género de esperanza, y la muerte estaba próxima, enteramente encima...

Las dos de la tarde serían. En el aposento del enfermo, reinaba un silencio sepulcral.

No mas gritos, no mas aullidos, no mas alaridos.

Acababan de cesar, y el enfermo ya no sufría:

EL HILO DEL DESTINO.

En un rincón del cuarto, arrodillada oraba María con el mayor fervor: elocuente acción de gracias que al cielo elevaba; porque los gritos y los espantosos sufrimientos hubieran ya cesado.

Primera vez que en aquel aposento se escuchaba la voz de la oración, primera vez que criatura humana se acordaba en ese aposento de la presencia de Dios y su omnipotencia; primera vez que Felipe Molina contempló con respeto los rezos de una mujer, y comprendió la fuerza de la religión, al ver á esta levantarse del suelo consolada, y con reanimado valor.

María de nuevo volvió á su sitio. Julián parecía dormir.

Su hermana y Molina así lo creyeron. Silenciosos, cada cual concentrado á sus pensamientos, pasaron algunos momentos sin interrupción alguna á la callada escena.

Julián tenía la cabeza vuelta en dirección á su hermana; cerrados los ojos aún ignoraba su presencia; pero el Ángel de su guarda, tierno y compasivo, quiso al fin hacerle conocedor de ella.

Le abrió los cerrados párpados, le quitó las telas que ofuscaban su vista, le puso por delante la clara luz de la razón, que desde la noche anterior le faltara, en medio de sus horribles padecimientos, y el es-

762 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

Su respiración por grados mas repetida, perdía sin embargo por momentos la fuerza.

Su rostro cadavérico revelaba el estado de su espíritu, y la conformidad con que sobrellevaba la sentencia que tenía encima.

Un sudor frío le corría por la frente, sus manos como el mármol, contraídas y nerviosas, no tenían ya movimiento, y en balde se esforzaba su hermana por comunicarle calor á la que estrechaba.

La restregaban entre las auyas, la envolvía entre su ropi, se la llevaba á las labios... ¡el frío de la muerte, no hay modo de contrarrestarle!

Mas repetida la respiración, más fuerte y agitada... El sol despedía sus postreros rayos.

Cual el rayo aquel que fúe lanzado sobre el lecho de muerte de su madre, así era igualmente lanzado un rayo sobre el lecho de Julián; un rayo dorado, que circundándole con una aureola de luz, hizo relucir en su frente una orla de oro, semejante á la corona de un arcángel.

Un movimiento solo, cual el de una criatura que se dispone á dormir, un movimiento suave, apenas sentido por los que le sujetaban las manos, apenas visto, pero acompañado de una expresión radiante de dulzura en el hermoso semblante, inolvidable para los que la vieron; y todo acabó en el mundo para Julián...